Antón Chéjov

El pabellón n.º 6 y otros relatos

Prólogo de Maxim Gorki

Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Palata n. 6/Chelovek v futliare/Kryzhóvnik/O liubví*
Traductor: Ricardo San Vicente

Primera edición: 1979
Tercera edición: 2015

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Ilustración de cubierta: Richard Dadd: *El psiquiatra Sir Alexander Morison* (detalle, Galería Nacional de Escocia, Edimburgo)
© Álbum
Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la traducción: Ricardo San Vicente Urondo
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1979, 2015
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9104-179-5
Depósito legal: M. 28.682-2015
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

9 Antón Chéjov, por Maxim Gorki

35 El pabellón n.º 6
114 El hombre enfundado
134 La grosella
150 Del amor

Antón Chéjov*

Una vez Chéjov me invitó al pueblo de Kuchuk-Koi, donde tenía un pequeño pedazo de tierra y una casita blanca de dos pisos. Allí, mostrándome sus «posesiones», me decía animadamente:

–Si tuviera mucho dinero instalaría aquí un sanatorio para maestros rurales. ¿Sabe? Construiría un edificio muy claro, con mucha luz, con ventanas grandes y techos altos. Tendría una maravillosa biblioteca, varios instrumentos musicales, colmenas, un huerto, árboles frutales; se podrían dar clases de agronomía, de meteorología, el maestro debe saberlo todo, ¡por Dios, todo!

Calló de repente, tosió, me miró de lado y sonrió con su suave y hermosa sonrisa que siempre atraía de manera tan irresistible y que suscitaba una atención especial, aguda, a sus palabras.

* M. Gorki, *Obras,* Moscú, 1963, tomo 18.

–¿Le aburre oír mis fantasías? Me gusta hablar de eso. ¡Si usted supiera cuánto necesita el campo ruso unos maestros buenos, inteligentes, instruidos! ¡Aquí, en Rusia, se le tendrían que dar unas ciertas condiciones especiales, y esto hay que hacerlo cuanto antes mejor, si es que entendemos que sin una formación amplia del pueblo el Estado se desmoronará como una casa levantada con ladrillos mal cocidos! El maestro debe ser un artista, debe estar ardientemente enamorado de su labor, y en nuestro país el maestro es un paria, un hombre mal instruido que va al campo a enseñar a los niños con la misma ilusión con que iría al destierro. Pasa hambre, se le maltrata, está asustado ante la posibilidad de perder su trozo de pan. En cambio, haría falta que fuera el primer hombre de la aldea que supiera responder a todas las preguntas del muzhik, *que los* muzhiks *reconocieran en él una fuerza digna de atención y de respeto, que nadie se atreviera a gritarle... a humillarlo como lo hacen todos: el policía, el tendero rico, el pope, el comisario, el director de la escuela, el síndico municipal y este funcionario al que llaman inspector de escuelas pero que sólo se preocupa de si se cumplen escrupulosamente las circulares de su distrito y no de mejorar la educación. Es absurdo pagarle una miseria a la persona que está llamada a educar al pueblo –¿me entiende?–, ¡educar al pueblo! No se puede permitir que ese hombre ande en harapos, que tiemble de frío en las escuelas húmedas y desvencijadas, que se ahogue, se constipe, que a sus treinta años se haya ganado una laringitis, un reumatismo, una tuberculosis... ¡Esto nos avergüenza! Nuestro maestro, ocho, nueve meses al año, vive como un ermitaño, no hay nadie que le diga una palabra, se embrutece en la so-*

ledad, sin libros, sin distracciones. Pero si llama a sus amigos se le considerará como a un elemento sospechoso, ¡sospechoso! ¡Estúpida palabra con la que los astutos atemorizan a los imbéciles!... Es repugnante todo esto... como una humillante burla a una persona que hace un gran trabajo, terriblemente importante. ¿Sabe? Cuando veo a un maestro me siento incómodo ante él y, por su timidez y porque está mal vestido, me parece que también en algo yo soy culpable por ese estado lamentable del maestro... ¡en serio!

Calló, quedó pensativo y dejando caer la mano en un gesto de cansancio, dijo en voz baja:

–¡Qué absurdo y torpe país es nuestra Rusia!

La sombra de una profunda tristeza cubrió sus divinos ojos, los finos trazos de sus arrugas los rodearon hundiendo su mirada. Miró a su alrededor y riéndose de sí mismo dijo:

–¿Ve?, le he soltado todo un editorial de un periódico liberal. Vamos, le voy a dar un té por su paciencia...

Esto le sucedía a menudo: estaba hablando en tono cálido, serio, sincero y de improviso se paraba para reírse de sí mismo y de su discurso. Y en esta sonrisa suave y triste se apreciaba el sutil escepticismo del hombre que conoce el precio de las palabras, el precio de los sueños. En esa sonrisa se transparentaba, además, una hermosa modestia, una sensible delicadeza...

Lentamente y en silencio marchamos hacia la casa. Era un día claro, caluroso; sobre las olas jugaban los rayos brillantes del sol; montaña abajo ladraba mansamente un perro; sus ladridos parecían de satisfacción. Chéjov me tomó del brazo y, tosiendo, me dijo lentamente:

–Es vergonzoso y triste, pero cierto: hay mucha gente que tiene envidia de los perros...

Y al instante, volviendo a sonreír, añadió:

–Hoy no digo más que frases de vejestorio... ¡eso quiere decir que me estoy haciendo viejo!

Muchas veces tuve ocasión de oírle decir:

–Ha venido un maestro, ¿sabe?... enfermo, está casado. ¿No tendría forma de ayudarlo? De momento lo he instalado...

O bien:

–Oiga, Gorki, hay aquí un maestro que quiere conocerle. No sale, está enfermo. Podría ir a verle, ¿no?

O también:

–Unas maestras me piden que les envíe libros...

Alguna vez me encontré en su casa con ese «maestro». Por lo general el hombre, rojo de vergüenza por saberse torpe, estaba sentado en el borde mismo de la silla y con el sudor en la cara iba rebuscando las palabras, esforzándose en hablar de manera correcta e «instruida», o se expresaba con la desenvoltura de una timidez enfermiza y se concentraba todo él en el deseo de no aparecer ante el escritor como un tonto, abrumando a Antón Pávlovich con una lluvia de preguntas que difícilmente hasta ese momento se le habían pasado por la cabeza.

Antón Pávlovich escuchaba atento el incoherente discurso del maestro; en sus ojos tristes se traslucía la sonrisa, temblaban las arrugas de su rostro, y entonces, con su voz profunda y suave, como si fuera opaca, le empezaba a hablar con palabras simples, claras y más cercanas a la vida, palabras que al instante devolvían la sencillez al interlocutor,

que dejaba de hacerse el sabio y en seguida parecía más inteligente e interesante.

Me acuerdo de un maestro, era alto, delgado, con rostro amarillo y famélico y una nariz larga y ganchuda, encorvada melancólicamente hacia la barbilla; sentado frente a Antón Pávlovich mirándole fijamente con sus ojos negros, le decía con voz profunda y lúgubre:

–De semejantes impresiones de la existencia, en el transcurso del período pedagógico se conforma un conglomerado psicológico de tal tipo que reprime absolutamente toda posibilidad de una relación objetiva con el mundo circundante. Claro que el mundo no es otra cosa que sólo la representación que de él nos hacemos...

Se lanzó al campo de la filosofía y continuó su disertación como un borracho sobre el hielo.

–Pero dígame –le preguntó con voz afable y suave Chéjov–, ¿quién es ese que pega a los niños en su distrito?

El profesor saltó de la silla e indignadamente empezó a agitar las manos:

–¡Por favor! ¿Yo? ¡Nunca! ¿Pegar a los niños?

Y resopló ofendido.

–No se altere –prosiguió Antón Pávlovich con una sonrisa tranquilizadora–, ¿acaso estoy hablando de usted? Pero me acuerdo –lo he leído en el periódico– que alguien pega a los niños precisamente en su distrito.

El maestro se sentó, se secó el sudor de la cara y con un suspiro de alivio dijo con voz profunda y sorda:

–¡Es cierto! Hubo un caso. Fue Makárov. ¿Sabe?, no es de extrañar. Es cruel, pero explicable. Está casado, con cuatro hijos, la mujer está enferma, él también –tísico–, la paga de veinte rublos... la escuela es un sótano y para el

maestro hay una habitación. En estas condiciones le das de tortas hasta a un ángel sin ninguna culpa, y los alumnos no son precisamente ángeles, ¡créame!

Y este hombre que hacía un instante pretendía asombrar tan despiadadamente a Chéjov con su arsenal de palabras sabias, de repente, con el siniestro cabeceo de su nariz aguileña, empezó a hablar con palabras simples, pesadas como piedras, iluminando con su claridad la maldita y terrible verdad de la vida que se vive en la aldea rusa...

Al despedirse, el maestro tomó con sus dos manos la de Chéjov –una mano pequeña, seca, de dedos delgados– y sacudiéndola dijo:

–Vine a verle como si fuera a visitar a la autoridad, tímido y temblando, me he inflado como un pavo, quería enseñarle que también yo sé lo que me hago... y me despido, ¿ve?, como de un buen amigo que lo comprende todo. ¡Qué gran cosa entenderlo todo! ¡Le doy las gracias! Me voy y me llevo conmigo un pensamiento bueno y bondadoso: las grandes personas son más simples y comprensibles, están más cerca del corazón de nuestro hermano que todos los miserables entre los que vivimos. ¡Adiós! Nunca le olvidaré...

Le tembló la nariz, sus labios se plegaron en una sonrisa afable e inesperadamente añadió:

–Y a decir verdad, también los granujas son gente desgraciada, ¡maldita sea!

Cuando se marchó, Antón Pávlovich le siguió con la mirada, sonrió y dijo:

–Un buen muchacho. No enseñará mucho tiempo...

–¿Por qué?

–Le harán la vida imposible... lo echarán...

Después de quedarse pensativo añadió suavemente:

–En Rusia la persona honrada es algo así como el deshollinador con el que las criadas asustan a los niños...

Me parece que cualquier persona ante Antón Pávlovich notaba involuntariamente el deseo interno de ser más simple, más veraz, de ser más uno mismo, y no pocas veces he observado cómo la gente se desprendió de los ropajes brillantes de las frases librescas, de las expresiones de moda y de todas las baratijas con las que el ruso, cuando desea pasar por europeo, se adorna igual que los salvajes con sus conchas y colmillos. A Antón Pávlovich no le gustaban ni las plumas de gallo ni los colmillos; todas las cosas abigarradas, estruendosas y extrañas con que el hombre se cubría «para mayor gloria» lo turbaban, y yo notaba que cada vez que veía ante sí a una persona emperifollada le dominaba el deseo de liberarlo de esos oropeles pesados e inútiles que deformaban el rostro auténtico y el alma viva de este hombre. En toda su vida Antón Chéjov vivió de los medios que su espíritu le procuraba, siempre fue él mismo, era libre en su fuero interno y nunca tuvo en cuenta lo que unos esperaban de Antón Chéjov y otros, más groseros, exigían. No le gustaban las conversaciones sobre temas «elevados», conversaciones con las que ese adorable hombre ruso intenta con tanto empeño divertirse, olvidando que discutir sobre los trajes de terciopelo del mañana sin tener en ese momento ni siquiera unos pantalones presentables puede ser cómico, pero en modo alguno ingenioso.

A Chéjov, que era un hombre agradablemente sencillo, le gustaba todo lo sencillo, lo auténtico, lo sincero, y tenía una manera peculiar de hacer que la gente fuera también más sencilla.

Una vez le visitaron tres damas muy elegantes, llenaron la habitación con el fru-fru de sus faldas de seda y el olor de sus perfumes fuertes, se sentaron ceremoniosamente frente a él y, aparentando un profundo interés por la política, empezaron a «hacer preguntas».

–¡Antón Pávlovich! ¿Qué cree usted? ¿Cómo acabará la guerra?

Antón Pávlovich carraspeó, pensó y respondió suavemente, con tono serio y cariñoso:

–Probablemente con la paz...

–¡Bueno, claro! ¿Pero quién la ganará? ¿Los griegos o los turcos?

–A mí me parece que vencerán los más fuertes...

–¿Y quién es, según su opinión, el más fuerte? –preguntaban las damas muy intrigadas.

–Aquellos que mejor se alimenten y que sean más cultos...

–¡Oh, qué ingenioso! –exclamó una de ellas.

–¿Y a usted quiénes le gustan más, los griegos o los turcos? –preguntó otra.

Antón Pávlovich la miró cariñosamente y le contestó con una sonrisa amable:

–A mí me gusta la mermelada... Y a usted, ¿le gusta?

–¡Mucho! –exclamó animadamente la dama.

–¡Es tan aromática! –confirmó otra en tono serio.

Y las tres se pusieron a hablar animadamente, mostrando en cuestión de mermeladas una erudición maravillosa y un sutil conocimiento sobre la materia. Era evidente, estaban muy satisfechas de que ya no hiciera falta estrujarse el cerebro y fingir un serio interés por los turcos y los griegos, ideas que hasta entonces no habían pasado por su imaginación.

Al marcharse satisfechas con la tertulia le prometieron a Antón Pávlovich:

–¡Le enviaremos mermelada!

–Ha conversado de maravilla con ellas –observé yo cuando ya se fueron.

Antón Pávlovich se echó a reír calladamente y dijo:

–Hace falta que cada persona hable su propio idioma...

En otra ocasión me encontré en su casa a un joven y apuesto sustituto de fiscal. Se hallaba frente a Chéjov y, sacudiendo su rizada cabeza, decía con ardor:

–Con el relato «El malhechor», usted, Antón Pávlovich, me ha puesto ante un problema difícil en extremo. En el caso de que yo reconociese en Denis Grigóriev la presencia de una voluntad maligna que actúa conscientemente, sin reserva alguna, tendría que mandar a la cárcel a Denis, tal como lo exigen los intereses de la sociedad. ¡Pero se trata de un salvaje, él no era consciente de la criminalidad de sus actos! ¡Me da pena! Pero en el caso de que lo considere un sujeto que actúa sin discernimiento y me entregue al sentimiento de compasión, ¿cómo voy a estar seguro de que Denis no desenroscará de nuevo las tuercas de las vías y no provocará una catástrofe? ¡Ésta es la cuestión! ¿Qué hacer?

Se quedó callado, retiró su cuerpo hacia atrás y clavó su mirada inquisitiva en Antón Pávlovich. Su guerrera estaba muy nueva y los botones en su pecho brillaban con la misma presunción y estupidez que los ojos en su limpia carita de joven celoso de la justicia.

–Si yo fuera juez –dijo serio Antón Pávlovich–, absolvería a Denis...

–¿Y sobre qué base?

–Yo le diría: «Tú, Denis, todavía no estás maduro para ser un criminal consciente, ¡vete... y a ver si maduras!».

El jurista se echó a reír, pero al instante adoptó de nuevo una actitud de seriedad ceremoniosa y continuó:

–No, estimado Antón Pávlovich, el problema que usted ha planteado sólo puede ser resuelto en interés de la sociedad, sociedad cuya existencia y cuyas propiedades yo he sido llamado a proteger. Denis es un bruto, pero también un delincuente, ¡ésta es la verdad!

–¿Le gusta a usted el gramófono? –le preguntó de improviso Antón Pávlovich, amablemente.

–¡Oh, sí! ¡Mucho! ¡Es un invento maravilloso! –contestó al instante el joven.

–¡Pues yo no puedo soportar los gramófonos! –reconoció con tristeza Antón Pávlovich.

–¿Y por qué?

–Pues porque hablan y cantan sin sentir nada. Todo sale de ellos como en caricatura, muerto... ¿Y no se dedica usted a la fotografía?

Resultó que el joven jurista era un apasionado admirador de la fotografía; al instante se puso a hablar de ella con gran entusiasmo, dejando de interesarse por el gramófono, a pesar de su afinidad con ese «maravilloso invento» que tan sutil y exactamente había definido Antón Chéjov. Nuevamente vi cómo del interior de la guerrera aparecía un hombrecito vivaz y bastante divertido que todavía se sentía en la vida como un cachorro en una cacería.

Después de acompañar al joven, Antón Pávlovich dijo sombrío:

–Ya ve, mocosos como éste en... el sillón de la justicia disponen los destinos de los hombres.

Y después de un silencio añadió:

–A los fiscales les gusta mucho pescar. ¡Especialmente gobios!

Poseía el arte de descubrir y resaltar la vulgaridad, un arte que sólo alcanza la persona de elevadas exigencias en la vida y que se crea sólo con el ardiente deseo de ver que la gente sea sencilla, hermosa, armónica. La vulgaridad siempre encontró en él a un juez severo y agudo.

Una vez, alguien contaba en su presencia que el editor de una revista popular que siempre hacía consideraciones sobre la necesidad del amor y de la caridad para con los hombres, sin razón alguna había insultado a un conductor en el ferrocarril y que, en general, esta persona trataba muy mal a la gente que estaba a su servicio.

–No faltaría más –dijo Antón Pávlovich con sonrisa hosca–, ¿no saben que es un aristócrata?, un hombre culto... ¡además estudió en el seminario! Su padre iba en alpargatas y él con botas de charol...

Y en el tono de sus palabras había algo que convertía a «aristócrata» en algo ridículo y cómico.

–¡Un gran talento! –decía de un periodista–. Siempre escribe de forma tan honorable, tan humana... como una limonada. A su mujer la llama imbécil delante de los demás. La habitación de la criada está llena de humedades y las doncellas tienen constantemente reuma...

–¿Le gusta N. N., Antón Pávlovich?

–Sí... mucho. Una persona agradable –asiente Chéjov tosiendo–. Lo sabe todo. Lee mucho. A mí no me ha devuelto tres libros. Es distraído. Hoy le dice que es usted una persona maravillosa y mañana le dirá a alguien que usted

le ha robado al marido de su amante unos calcetines de seda, negros con rayas azules.

Un conocido se lamentaba de lo pesadas y aburridas que eran las secciones «serias» en las revistas gordas.

–No lea esos artículos –le aconsejó convencido Antón Pávlovich–. Son trabajos de amigos, literatura de compañeros. Los escriben los señores Krasnov, Chernov y Belov. Uno empieza publicando un artículo, el otro escribe las objeciones y el tercero concilia las divergencias de los otros dos. Parece como si jugaran a las cartas con un imbécil. ¿Y para qué le hará falta todo eso al lector? Ninguno de ellos se hace esta pregunta.*

Una vez le vino a ver una señora opulenta, sana, guapa, bien vestida, que empezó a hablar con él al «estilo Chéjov»:

–¡La vida me aburre, Antón Pávlovich! Todo es tan gris: la gente, el cielo, el mar, hasta las flores me parecen grises. No siento ningún deseo... tengo el alma acongojada. Igual que si estuviera enferma...

–¡Y es una enfermedad! –dijo convencido Antón Pávlovich–. Es una enfermedad. En latín se la llama morbus fingidus.

La dama, afortunadamente para ella, al parecer, no sabía latín, o a lo mejor lo ocultaba.

–Los críticos se parecen a los tábanos que molestan a los caballos cuando están arando la tierra –decía con una sonrisa inteligente–. El caballo está trabajando con todos sus músculos en tensión como las cuerdas de un contrabajo, y en ese momento se posa en la grupa un tábano que cosquillea y zumba. Hay que moverse para echarlo, hay que mover la

* Apellidos que en castellano serían Rojo, Negro y Blanco.

cola. ¿Qué quiere con su zumbido? Difícilmente él mismo lo sepa. Simplemente que tiene un carácter intranquilo y quiere demostrar que él está allí: ¡yo también estoy aquí!, ¿lo ven? Puedo zumbar incluso ¡puedo zumbar sobre todo! Llevo veinticinco años leyendo las críticas de mis cuentos y no recuerdo ninguna observación de valor, no he oído ni un buen consejo. Sólo una vez Skriabichevski me dejó impresionado, escribió de mí que moriría borracho bajo una tapia...

En sus ojos grises, melancólicos, casi siempre chispeaba una fina sonrisa, pero en ocasiones esos ojos se volvían fríos, agudos y rígidos; en esos momentos su voz flexible e íntima sonaba con más dureza, y entonces me parecía que este hombre humilde y suave, si lo creyese necesario, se podría levantar poderoso y firme contra una fuerza que le fuera hostil y no cedería ante ella.

A veces me parecía que en su relación con la gente había un sentimiento de cierto desaliento, cercano a una fría y silenciosa desesperación.

–¡Extraño ser, el ruso! –me dijo en cierta ocasión–. En él, como en un cedazo, no queda retenido nada. En su juventud llena ávidamente su alma con todo, todo lo que le cae a las manos, pero después de los treinta sólo queda en él una basura gris. Para vivir bien, como las personas, ¡hay que trabajar! Trabajar con amor y fe. Y en nuestro país no hay nada de eso. El arquitecto, después de construir dos o tres casas decentes, se sienta a jugar a las cartas, juega toda su vida o se pasa el tiempo tras los bastidores de un teatro. El médico, si adquiere cierta práctica, deja de interesarse por la ciencia, no lee más que las «Novedades terapéuticas», no lee nada y a los cuarenta años está seriamente convencido

de que todas las enfermedades se deben a un enfriamiento. No me he encontrado a ningún funcionario que entendiera, aunque fuera un poco, el sentido de su trabajo: por lo general está en una capital o ciudad de provincias, se inventa unas órdenes, las escribe y las envía a Zmiev y Smorgon para que se ejecuten. Pero el hecho de que estos papeles van a privar de su libertad a alguien de Zmiev o de Smorgon al funcionario le preocupa tanto como las penas del infierno a un ateo. Después de conseguir un nombre con una buena defensa, el abogado deja de preocuparse por defender la verdad y defiende tan sólo el derecho a la propiedad, juega a las carreras, come ostras y se las da de ser un fino conocedor de las artes. El actor que ha hecho dos o tres papeles soportables ya no aprende más papeles, sino que se pone un sombrero de copa y piensa que es un genio. Toda Rusia es un país de extraña gente glotona y perezosa, es terrible lo que llegan a comer y a beber, les gusta dormir de día y en sueños roncan. Se casan para que haya orden en casa, tienen amantes por prestigio social. Su psicología es perruna: les dan en la cresta y chillan bajito para esconderse en su agujero, les acarician y se echan de espaldas, patas arriba y mueven sus colitas...

Había en sus palabras un desprecio frío y triste. Pero a pesar de su desprecio, era compasivo cuando en su presencia alguien se metía con otra persona. Siempre salía en su defensa:

–Pero ¿por qué, hombre? Si ya es viejo, setenta años...

O bien:

–¿No ve que es muy joven? Si es por tontería...

Y cuando hablaba así yo no veía que su rostro reflejara repugnancia...

La vulgaridad en la juventud sólo parece algo curioso y ridículo, pero poco a poco va rodeando al hombre, con su niebla gris impregna el cerebro y la sangre, como el veneno y el gas, y el hombre se convierte en un viejo anuncio comido por la herrumbre: parece que en él hay algo escrito, pero ¿qué es? No hay forma de verlo.

Ya en sus primeros cuentos Antón Chéjov sabía descubrir en el opaco mar de la mediocridad sus bromas trágicas y tenebrosas; basta con leer sus cuentos «humorísticos» para convencerse de que tras las palabras y situaciones cómicas cuántas cosas repugnantes y crueles veía el autor y cuántas escondía por vergüenza.

Era de una modestia especial y pudorosa, no se permitía decir clara y abiertamente a la gente: «¡Pero no sea así...!», esperando en vano que ellos mismos se dieran cuenta de la imperiosa necesidad de ser mejores.

Odiando todo lo mezquino y sucio, describía las miserias de la vida con el sublime lenguaje del poeta, con la suave sonrisa del humorista, y, por el maravilloso exterior de sus relatos, se nota poco su sentido interno lleno de amargo reproche.

El respetabilísimo público, al leer «La hija de Albión», se ríe y casi no ve en ese cuento la miserable burla de un señorito satisfecho a un ser solitario ajeno a todo y a todos los que le rodean. En cada uno de los cuentos humorísticos de Antón Pávlovich yo oigo el silencioso y profundo suspiro de un corazón limpio, auténtico y humano, el suspiro desesperado de la piedad hacia los hombres que no saben respetar su dignidad humana y que, al sucumbir sin resistencia a la fuerza bruta, viven como esclavos sin creer en nada que no sea la necesidad de engullir cada día una sopa cuanto más

gorda mejor, sin sentir nada que no sea el miedo, miedo a que alguien más fuerte y más cínico les dé una paliza.

Nadie ha comprendido tan clara y sutilmente como Antón Chéjov la tragedia de las pequeñeces de la vida, nadie hasta él ha sabido dibujar a los hombres con tan implacable veracidad el cuadro vergonzoso y desalentador de su vida en el opaco caos de su mezquindad de cada día.

Su enemigo fue la vulgaridad, toda su vida se enfrentó a ella y la presentaba con su pluma implacable y aguda, sabiendo encontrar el moho de la mezquindad incluso ahí donde a primera vista todo parecía bien ordenado, cómodamente, hasta con brillantez...

Y por eso la vulgaridad se vengó de él de la más ruin manera metiendo su cadáver –el cadáver del poeta– en un vagón de transporte de «ostras».

La mancha verdosa y sucia de este vagón se me aparece justamente como una enorme y triunfante sonrisa de la vulgaridad ante el cansado enemigo, y el sinnúmero de «recuerdos» de los periódicos de la calle, como la hipócrita tristeza tras la cual siento el frío y maloliente respirar de esta misma vulgaridad, vulgaridad sonriente, secreta y satisfecha por la muerte de su enemigo.

Al leer los cuentos de Chéjov uno parece sumergido en un día triste de finales de otoño, cuando el aire es tan transparente y en él se recortan con punzante nitidez los árboles desnudos, los estrechos edificios, la masa gris de la muchedumbre. Todo es tan extraño, tan solitario, inmóvil y desamparado. Las profundas lejanías azuladas, desiertas, fundiéndose con el pálido cielo, soplan con un frío angustioso sobre la tierra cubierta de suciedad helada. La mente

del autor, como un sol de otoño, ilumina con despiadada claridad los destrozados caminos, las retorcidas calles, las sucias y apretujadas casas en las que se ahogan de aburrimiento y pereza unos seres pequeños y desgraciados llenando sus casas de un insensato y soñoliento bullicio.

Así, temblorosa como un ratón gris, corre de un lado a otro Dúsheñka –una mujer encantadora y dócil que tanto y tan servilmente sabe amar. Se le puede pegar en la cara y ni siquiera se atreverá a sollozar en voz alta–, la dócil esclava. A su lado, con su tristeza, está Olga, de «Las tres hermanas»: ella también es capaz de un gran amor y acepta sumisamente los caprichos de la mujer perversa y mezquina de su hermano –el vago–, ante sus ojos se destruye la vida de sus hermanas, y ella llora y a nadie puede ayudar, pero de su pecho no sale ni una palabra de protesta.

Y, siempre llorando, Ranévskaya, y los viejos dueños del «Jardín de los cerezos» –egoístas como niños, decrépitos como viejos–. No han podido morirse a su hora y languidecen sin ver nada a su alrededor, sin entender nada –parásitos privados de la fuerza de vivir pegados a la vida–. El repelente estudiante Trofímov habla con bellas palabras de la necesidad de trabajar y no hace nada, y se distrae de puro aburrimiento burlándose estúpidamente de Vania, que trabaja sin descansar para el buen vivir de los ociosos.

Vershinin sueña con lo bien que se vivirá dentro de trescientos años, pero vive sin darse cuenta de que a su alrededor todo se está pudriendo, de que ante sus propios ojos Soleni, por aburrimiento y estupidez, está dispuesto a matar al infeliz barón Tuzenbach.

Pasa ante nosotros una innumerable turba de esclavos y esclavas de su amor, de su estupidez y pereza, de su voracidad